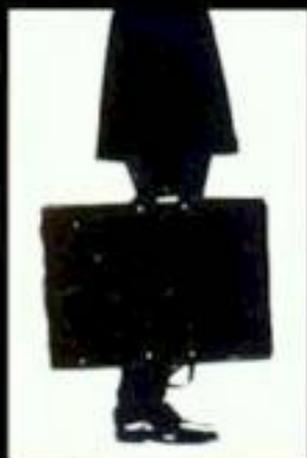


**Cristina Peri Rossi**

**Estado de exilio**



Cincuenta y un poemas componen *Estado de exilio*, a los que se suman las *Correspondencia(s) con Ana María Moix*, publicadas anteriormente en *Palabra de escándalo* (1974). Los primeros poemas son distintas respuestas a la pregunta: ¿qué es el exilio, qué representa y qué conlleva? Peri Rossi nos habla del exilio y «sus innumerables pérdidas» como eje vertebrador de una nueva identidad para el individuo. En las *Correspondencia(s)* se afirma la amistad femenina: la ebriedad y confusión entre las dos mujeres hacen del diálogo la culminación de este recorrido.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Estado de exilio](#)

[Prólogo](#)

[Estado de exilio](#)

I

II

[Carta de mamá](#)

IV

[A los pesimistas Griegos](#)

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

[Estado de exilio](#)

XIV

[No llegará al río](#)

XVI

XVII

[Carta de mamá II](#)

[Los exiliados](#)

[Los exiliados II](#)

[Exilio](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[Cabina telefónica 1975](#)

[XXVI](#)

[Barcelona 1976](#)

[Paris 1974](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

[El arte de la pérdida \(Elizabeth Bishop\)](#)

[El viaje](#)

[Lo imprescindible](#)

[Dialéctica de los viajes](#)

[Geografía](#)

[Geografía II](#)

[Barcelona, línea de metro, hora cero](#)

[Elogio de la lengua](#)

[Valor](#)

[Montevideo](#)

[Ida y vuelta](#)

[Gotan](#)

[Cercanías](#)

[Barnanit](#)

[Correspondencia\(s\) con Ana María Moix](#)

[Correspondencia\(s\) con Ana María Moix](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

## PRÓLOGO

Si el exilio no fuera una terrible experiencia humana, sería un género literario. O ambas cosas a la vez. La etimología de la palabra es muy expresiva: *ex* significa, precisamente, quien ya no es, ha dejado de ser. Es decir, quien ha perdido toda o parte de su identidad. El exilio cuestiona, en primer lugar, la identidad, ya que desvincula de los orígenes, de la historia particular de una nación, de un pueblo, desvincula de una geografía, tanto como de una familia, de una calle, de una arboleda o de una relación sentimental. Solo cuando el exilio es colectivo –desde el más remoto, el de la Diáspora judía hasta el exilio de los españoles fieles a la República– se conserva una parte de la identidad, a pesar del cambio de espacio, y entonces, sus símbolos (desde las banderas hasta los himnos, desde la manera de cocinar los alimentos hasta la forma de vestir, desde la seducción hasta los pasos de una danza) se cargan de significación: dejan de ser triviales para convertirse en emblemas, en raíces, en anclas. Si vivir es navegar («Navegar es necesario, vivir no», lema de la Unión Hanseática) el mar es la tierra del navegante, y todo, fuera del mar, es naufragio.

A fines de 1972 mis libros, en Uruguay, país en el que nací, fueron prohibidos, así como la mención de mi nombre en cualquier medio de comunicación y fui despojada de mi cátedra de Literatura Comparada; también se me prohibió escribir en cualquier órgano de difusión. Silenciada, amenazada y perseguida, opté por exiliarme; tenía la

esperanza de que fuera por tiempo breve. Alguien que huye no puede elegir en una guía de turismo el lugar adónde irá a parar; el barco y el destino me trajeron a Barcelona. Poco después, tuve que dejar también esa ciudad y residir un corto tiempo en París, hasta regresar definitivamente a España.

Cuando dejé Montevideo a bordo de un barco de bandera italiana (el Giulio Cesare, de la Compañía Trasmediterránea) tenía, fundamentalmente, un temor: no poder volver a escribir. Que mi identidad de escritora sufriera una fractura tan abisal que me indujera al silencio. Dicho de otro modo: el exilio como castración. (La castración con todas sus metáforas es el fantasma que cualquier pérdida pone en evidencia.) Sin embargo, sin darme cuenta, ocurriría lo contrario: como toda experiencia que concierne a la personalidad entera, y a cada una de sus partes, el exilio me pidió palabras, me pidió escritura, me pidió fijar las emociones. Escribí en una especie de diario que llevaba entonces: «Mientras sufro por el temor a no poder escribir más, en el exilio, escribo. Mientras temo la castración, escribo. Mientras padezco el dolor, el desgarramiento, escribo». Literatura y terapia.

La mayoría de los poemas que componen ESTADO DE EXILIO fueron escritos en los años amargos de las dictaduras latinoamericanas, cuando las calles y los albergues de París, Londres, Barcelona, Madrid, Estocolmo y Ontario estaban repletos de argentinos, uruguayos y chilenos que habían salvado el pellejo «en el anca de un piojo», genial metáfora que le escuché una vez a un maduro marinero uruguayo, con vertido, por azares de la emigración, en pizzería de un restaurante de la avenida Infanta Carlota, Barcelona. Fue el primer libro que escribí en el exilio, y sin embargo, no intenté publicarlo. Un extraño pudor me lo impidió. No es fácil llorar en las calles de las ciudades adoptivas, y no quería con tribuir al dolor colectivo, al desgarramiento solitario. Intentaba evitar, además, la auto-

complacencia narcisista, la conmiseración. Por eso, muy pocos están escritos en primera persona. No me interesaba tanto expresar mis sentimientos, mis emociones, sino el fenómeno en sí; miraba el dolor ajeno para dejar de mirar el propio. Si los hubiera publicado entonces, en 1973, cuando fueron escritos en su mayoría, posiblemente habría sido el primero de los libros de poemas del exilio latinoamericano, pero tampoco me interesaba con cursar en fechas; mi experiencia de escritora había confirmado una sentencia de Franz Kafka, dicha a su amigo Janouch: «La literatura es, a veces, un reloj que adelanta». Por adelantarme a los acontecimientos yo me encontraba sola, enferma, exiliada, lejos de mi ciudad natal, de mi familia, de mis libros, de mis amigos y de todo aquello que fue mi mundo durante los treinta primeros años de mi vida.

Una vez que el dolor aflojó un poco, comencé a decir que el exilio nos proporcionaba una segunda oportunidad: la de empezar a vivir en otra parte, cuando ya sabemos las dos cosas más importantes de la vida: leer y escribir. (No se consuela quien no quiere. En el fondo, soy una optimista.)

Publiqué, sin embargo, DESCRIPCIÓN DE UN NAUFRAGIO (en la editorial Lumen), en 1974, alegoría en versos de una derrota, de una ruptura, de una separación, es decir, de un exilio, y alegoría, también, de una supervivencia. Por entonces decía que lo importante no era sobrevivir, sino cómo. Sigo pensando lo mismo: hay formas de sobrevivir que no valen la pena, porque nos dejan sin principios, es decir, sin identidad. Luego, publiqué DIÁSPORA, el nombre que le di al exilio latinoamericano y que gozó de fortuna: pasó a designarlo en los medios de comunicación. Pero no era un libro triste, ni desolado: de todas las catástrofes, incluida la del exilio, nos salva la libido. Nada se ha perdido definitivamente, mientras no se ha perdido el impulso libidinal. Vale tanto para el golpe militar en Uruguay, en 1973, como para las Torres Gemelas, en el 2001. Y

DIÁSPORA (reeditado recientemente por la misma editorial, Lumen) es un libro donde predominan el amor y el humor sobre el dolor. Largas son las dictaduras (lo terrible de soportarlas es, entre otras cosas, que uno no puede saber nunca cuándo van a terminar) y largos son los exilios. Fui escribiendo, entretanto, otros poemas del libro ESTADO DE EXILIO para completar el periplo: dolor-castración-integración-amor a la ciudad adoptiva. Por eso, el libro termina con dos poemas de aceptación y amor a la nueva vida (Vita nuova, llamó Dante, salvando las distancias, al enamoramiento; yo creo que un exiliado solo se integra plenamente cuando se enamora de alguien que ha nacido allí donde llegó para salvarse. Otra vez, la redención por el amor, tema romántico por excelencia).

Las dictaduras pasaron (parece mentira, pero así fue. Por fin, un día pasó Pinochet, pasó Videla, pasó la Guerra de las Malvinas y pasó la Junta Militar Uruguaya, que sibilina mente, nunca quiso decir su nombre, sabiendo que una dictadura sin rostro, sin identidad, es de carácter metafísico: todopoderosa pero inenunciable. Es posible que algunos de los militares uruguayos golpistas hubieran leído a Samuel Beckett. A veces ocurren cosas así), pasó el desexilio: el regreso de miles de expatriados a sus añorados países de origen. «Ja soc aquí», había dicho al volver un político exiliado catalán, Josep Tarradellas, en frase inolvidable. Fue repetida por miles de hombres y mujeres, durante el desexilio.

Pero mire, yo no regresé. Me quedé aquí. No quería repetir la experiencia de añoranza, no quería sentir una nostalgia diferente. Soy muy querenciosa con mis nostalgias, prefiero tener siempre las mismas; convivo con ellas, no quiero con vivir con otras. Sé perfectamente lo que es extrañar una mi longa en San Martín y Yatay, los sábados a la noche, no quiero empezar a saber cómo es extrañar Paseo

de Gracia o El Bauma, una de mis cafeterías preferidas de Barcelona.

Después, vinieron las pateras. Otros emigrantes, otros errabundos, otros muertos, otros fracasos, otras desolaciones. Uno se exilia para salvar la vida del terror que es la represión y que es, también, el hambre, la falta de esperanza. Entonces, decidí que los poemas de ESTADO DE EXILIO dejaran el cajón o ataúd donde estaban encerrados y fueran por el mundo clamando su ira, su dolor, su piedad, sus sentimientos. Se cumplían los cien años del nacimiento de ese otro exiliado, Rafael Alberti, quien, no por azar, pasó parte de su largo destierro en tierras uruguayas, en Punta del Este, una especie de paraíso donde él creyó encontrar el que había perdido, el del Puerto de Santa María. Cada exilio es diferente, pero tiene algo en común: la nostalgia. Compartí con Alberti el hecho de ser exiliada, el amor al mar {que él llamó, siempre, la mar}, la luz de Cádiz (tan similar a la de Monte video) y el disgusto por la palabra rape (el pez, no el polvo de esnifar).

Decidí presentar ese libro inédito al Premio Internacional Rafael Alberti, convocado por la Fundación de su nombre, y tuvo la suerte de resultar ganador. Aunque mi poesía y la de Rafael Alberti solo tienen en común el amor al mar, pienso que le hubiera gustado leer este libro, y así opinó también el jurado.

La edición que ustedes leerán consta de una segunda serie de poemas, titulados correspondencia(s), con Ana María Moix, la escritora catalana (escribe en castellano) que ha sabido ser también una excelente editora.

Ana María Moix fue una de las primeras personas a quienes conocí cuando triste, derrotada, nostálgica, enferma y desamparada llegué a Barcelona, ciudad portuaria que, sin embargo, vivía de espaldas al mar. Eran los años de la *gauche divine*, que a mí, que venía del 68, del Che Guevara, de Mao y de Trotsky siempre me pareció mucho más *divine* que *gauche*.

Yo ya había leído algunos de sus poemas en Montevideo, por que en Montevideo, entonces, lo leíamos todo: la moderna literatura norteamericana, la francesa, la mexicana y la que escribían los españoles que se habían quedado y los que se habían ido. (Quiero decir, con esto, que había leído la famosa antología de José M<sup>a</sup> Castellet NUEVE NOVÍSIMOS, y RECORDANDO A DARDÉ, de Manolo Vázquez Montalbán, y JUAN SIN TIERRA, de Juan Goytisolo, así como los relatos de Max Aub, los de Pere Calders, las maravillosas GREGUERIAS de Ramón Gómez de la Serna y los doloridos, profundos poemas de LA REALIDAD Y EL DESEO, de Luis Cernuda.) Ana María Moix era una escritora joven, tímida, rebelde, vulnerable, tierna, niña mimada de la *gauche divine*, y en una noche de vino y rosas (mejor dicho: de ginebra, cigarrillos y mucho café) nos contamos nuestras vidas, como los niños intercambian cromos. Tuve una especie de revelación: si ella hubiera nacido en Montevideo, habría sido yo; y si yo hubiera nacido en Barcelona, posiblemente habría sido ella. Esa misma noche, después de dejarla en su casa, escribí, de una sola vez, los poemas que componen *Correspondencia(s) con Ana Maria Moix*. Posible mente ella estaba ebria de ginebra; yo, de exilio, Historia, muerte, resurrecciones y sobrevivencias. Como creo en la inspiración, sé que fue una noche en que me sentí tocada por el estado de gracia, como por una iluminación (en la acepción que le dio Rimbaud a ese término). Lo de *Correspondencia(s)* es un juego con el doble sentido de la palabra: el del soneto de Baudelaire y el del género epistolar.

La presente edición reúne los poemas inéditos de *Estado de exilio* (que obtuvo el Premio Internacional Rafael Alberti en su XVIII edición, la de los cien años de su nacimiento) y *Correspondencia(s) con Ana Maria Moix*, que fueron publicados una sola vez, en una antología de varios autores, titulada PALABRA DE ESCÁNDALO, por Tusquets editores,

en 1974. La decisión de reunirlos en este libro se debe al tema común, el exilio, al que me enfrento de dos maneras completamente diferentes: con economía, dureza y emoción contenida en el primero, y con ironía, sarcasmo y espíritu lúdico en el segundo. Dos formas muy distintas para un mismo sentimiento, un mismo desgarramiento. En poesía, como en ningún otro género, el tiempo es árbitro implacable. Treinta años son nada, o son una eternidad. Apuesto por ambas.

CRISTINA PERI ROSSI, Barcelona, 2003

## **ESTADO DE EXILIO**

I

*Tengo un dolor aquí,  
del lado de la patria.*



*Soñé que me iba lejos de aquí  
el mar estaba picado  
olas negras y blancas  
un lobo muerto en la playa  
un madero navegando  
luces rojas en altamar*

*¿Existió alguna vez una ciudad llamada Montevideo?*